

EL PORQUÉ NO HE CONTINUADO APRENDIENDO EL DIBUJO.

Pasé una parte de la noche en escribir la relacion de mi jóven compatriota, y lo hice con tal prontitud para conservar en cuanto me fuese posible el colorido terrible y sencillo á la vez que habia tomado al pasar por su boca : desgraciadamente lo que aumenta sobre todo el interés de semejante relacion, es el ser hecha por el mismo que es el héroe de ella. Esta lucha del valor inteligente y de la ciega destruccion; este combate entre el hombre y la naturaleza, engrandece inmensamente al vencido, y Ajax afirmándose á la roca y gritando á la tempestad : — *yo escaparé á pesar de los dioses*, es mas magnífico que Aquiles arrastrando siete veces á Héctor al derredor de los muros de Troya.

Al dia siguiente no quise marchar sin haberme desayunado con el mayor Buchwalder, cuyo mayor dolor era la inaccion á que le condenaba su herida. Sin embargo, tenia gran esperanza de volver á sus trabajos para la primavera de 1833, porque empezaba ya á sostenerse sobre su pierna, y cada dia sentia mas sensibilidad en ella : quiso darme una prueba acompañándome hasta la puerta de los baños ; pero llegados allí nos hallamos en el círculo de Popilio, estando prohibido por la facultad expresamente de pasar de allí, y como la gran facilitad

de locomocion que Dios ha concedido á mis piernas le recordase su desgracia, se despidió melancólicamente de mí con la antigua frase : *I pede fausto*.

Despues de haber andado algunos pasos, nos detuvimos para echar la última mirada á una roca perpendicular que domina desde una altura de cerca de mil piés, el curso del Tamina. Aquella roca, cortada como una sierra, parece el fragmento de una muralla gigantesca, en cuya cúspide se ve como una garita de centinela y se alza una cabañita cuyas dos terceras partes descansan en el suelo, la otra tercera suspendida sobre el precipicio. En esta última parte habia una especie de trampa, y mientras inquiriamos el fin con que se habia hecho aquella trampa, que vista á la distancia nuestra, parecia como un punto negro, dió salida á un objeto que al principio nos pareció un mango de escoba, y que descocándose de las regiones superiores, y cayendo en el lecho del rio, vimos al llegar al rio, que era un enorme pino sin ramas preparado para una construccion cualquiera. El árbol se enclavó recto en el rio, osciló un instante, y quedóse tendido en el agua como en una cama. Las espumosas aguas lo levantaron como si fuese una pluma, y lo arrastraron como otros muchos que arrojaron luego y siguieron el mismo camino. Entonces comprendimos que los aldeanos para ahorrar el trasporte hasta Ragatz, se confiaban al Tamina que lo cumplia concienzudamente, merced á su rápida corriente.

Como aquel espectáculo, que en un principio nos habia asombrado, no nos ofrecia gran variacion, tomamos pronto un camino opuesto al que habia-

mos andado, que en vez de llevarnos al llano por una cuesta suave nos condujo por una escalera rápida cortada en la roca. Seguimos sus zigzag durante una media hora, y casi despues nos hallamos al fin en la cabaña de los pinos.

Al volver á Malans, pasamos por junto al castillo de Warteinstein, que segun dicen pertenece al convento de Pefeffers; atravesamos una montaña, que creo que se llama Bruder, llegamos al Zolbruck, y por último á Malans, en donde no ví cosa alguna notable, á no ser una lluvia cual no se sa visto nunca.

Esto no me impidió que hallase un hombre y un carruaje; al principio me alarmé viendo que no cabian en él mas que dos personas, pero me tranquilizó el conductor diciendo que él iria sentado en las varas: preguntéle cuánto queria por el resfriado que iba á tomar infaliblemente, fijó el precio de cinco francos que pagué adelantados; tan seguro estaba de que el conductor ganaba bien su dinero.

No me engañé: tuvimos tan mal tiempo, que al pasar por Mayenfeld no tuve valor de visitar la gruta de Flesch, notable por sus estalactitas: pasando por San Luciano de Steick vimos la fortaleza que por aquella parte pone la Suiza al abrigo de un golpe de mano del Austria, que en aquella época habia manifestado algunas vel idades hostiles contra la república. Provisionalmente se habian montado seis cañones, que á todo evento tenian sus bocas en direccion al imperio, si bien los hacia menos formidables el no haber quien los custodiase, pues es verdad que se guardaban ellos solos. Diez minutos despues entramos en el principado de Lichtenstein.

Tenia muchas ganas de llegar cuanto antes al lago de Constanza, pero me ví obligado á parar en Vaduz porque llovia á torrentes, y el conductor y su caballo rehusaron dar un paso mas, á pretexto el caballo de que el lodo le llegaba al vientre, y el hombre de que estaba calado hasta los huesos, y hubiera sido una crueldad insistir.

Toda mi filantropía se necesitó para resolverme á entrar en la miserable venta en que se habia detenido mi carruaje; no era ya una de aquellas hermosas casas de campo que no tienen de mal sino el ser tan frecuente y pésimamente parodiadas en nuestros jardines ingleses. Desde San Luciano de Steick habíamos salido ya de la república helvética; hallándonos en el pequeño principado de Lichtenstein, que aunque se envanece de ser libre, revela desde luego que es austriaco, por el desaseo de sus habitantes.

Apenas habia puesto el pié en el estrecho callejon que conducia á la cocina, que al mismo tiempo era la sala de descanso de los viajeros, cuando se me agarró agriamente á la garganta el desagradable olor de la berza ácida, que me venia á anunciar de antemano la lista de una fonda cuál habia de ser la comida. Yo diré de la berza lo que cierto cura de las calabazas: que si en la tierra no hubiese mas que berzas y yo, pronto dejaria de existir el mundo.

Comencé á pasar en revista todo mi repertorio tudesco aplicándolo á la comida de la venta, y no fué precaucion inútil, pues apenas acababa de sentarme á una mesa, en la que me cedieron un sitio dos carreteros, cuando me trajeron un plato lleno del consabido manjar, que felizmente preparado

para semejante broma, rechazé con un *nicht gut*, tan netamente dicho, que debieron tomarme por un purísimo sajón, y todo el mundo sabe que los sajones son los que hablan con mas pureza el alemán.

Un alemán cree no haber oído bien, cuando se le dice que no gustan las berzas, y cuando se les desprecia en su propio idioma este manjar nacional, para valerme de una expresión familiar á su lengua, se levantan de cólera como una montaña.

Así, pues, á mi repulsa siguió un corto silencio cual si hubiese echado una horrenda blasfemia, durante el cual, coordinando la ventera sus ideas trastornadas, pronunció en voz alterada algunas frases que no pude entender y que por la fisonomía con que las acompañaba tenían evidentemente este sentido :

— Entonces, si no os gustan las berzas, ¿qué es lo que os gusta?

— *Alles, dises ausgenommen*, respondí yo, lo que quiere decir para los que no son muy fuertes en filología : — todo, excepto eso.

Parece que el disgusto había producido sobre mí el mismo efecto que la indignación sobre Juvenal, solo que en vez de inspirarme el verso, me había inspirado el tono, lo que conocí, en lo sumisa y pronto que la ventera quitó de mi vista el plato.

Marchóse alónta la buena mujer, y mientras volvía me divertí en hacer bolitas de pan que probaba y me supo á piedras de chispa, y un vino destestable que decían era del Rhin, pensando cuál sería el segundo plato; mas viendo que tardaba la llamé.

— ¡Vamos! dije :

— ¿Y qué? me respondió la ventera.

— ¡La cena!

— ¡Ah! sí, — y me volvió á traer la berza.

Pensé yo que hasta el día del juicio final me perseguiría con aquel plato si no se lo comía, llamé á un perro de los de la raza del monte de San Bernardo, que sentado sobre sus cuartos traseros, estaba junto al hogar y se lo di, de que se mostró muy satisfecho haciéndome muchas caricias.

— ¿Y vos? me dijo la ventera.

— Yo comeré otra cosa.

— Pero yo no tengo otra cosa.

— ¡Como! exclamé yo desde lo mas profundo de mi estómago. ¿No teneis huevos?

— No.

— ¿Ni chuletas?

— No.

— ¿Ni palatas?

— No.

— Ni... ocurrióme una idea luminosa; recordé que me habían recomendado que no pasase por el principado de Lichtenstein, sin comer de sus setas, que son celebradas á veinte leguas á la redonda; pero cuando quise utilizar esta feliz idea, no me acordé de cómo se llamaban ni en alemán ni en italiano, y me quedé con la boca abierta : no queriendo acostarme sin cenar diciendo solo el pronombre los... las...

— ¿Eso cómo se llama en alemán, los... las?... respondió la ventera maquinalmente.

— Sí, ¡ voto á tal! sí, los... las... En aquel momento volví los ojos maquinalmente á mi album de viaje. Tomé entonces mi lapicero, y sobre una hermosa hoja blanca me puse á dibujar del mejor modo que pude el precioso vegetal, que por el mo-

mento formaba todo el objeto de mis deseos, así es que mi dibujo tenía toda la semejanza con que la mano del hombre puede representar una obra de Dios. Mientras dibujaba, la huésped me seguía con los ojos con una inteligente curiosidad, de lo que saqué el mejor agüero.

Al acabar de dar el último toque con el lápiz al dibujo :

— ¡ Ah ! ya, ya, ya, dijo.

La buena mujer había comprendido. Lo había comprendido tan bien, que cinco minutos después volvió con un paraguas abierto.

— Tomad, me dijo.

Clavé la vista sobre mi malhadado dibujo, era perfecta su semejanza con el paraguas.

— Entonces exclamé vencido como Turno, *adverso Marte*, volvedme á traer las berzas.

— Ya no hay mas. Dragon se ha comido las que quedaban.

Mojé mi pan con vino, me fui á acostar.

Antes de dormirme miré mi mapa ; me sugirió una idea singular. Recomendé á mi guía que me despertase á las tres de la mañana para tener tiempo de ejecutarla. Salimos, pues, antes de amanecer, el sol no nos cogió sino en Austria.

Me detuve un momento sobre el puente de Felkrieh á fin de echar un vistazo al Tirol, cuyas montañas azuladas se abren para dar paso al Ill, río tortuoso que toma su origen en el valle de Paznaun, y va á reunirse con el Rhin entre Oberied y Renti : después continué mi correría conservando á mi izquierda el Rhin, y viendo nacer y enriquecerse sobre su orilla occidental aquellas magníficas laderas cubiertas de viñas, cuyo vino chispea en bote-

llas de extraordinaria hechura, y se vacía en vasos de cristal azul, que se llaman *Ræmer*, porque han conservado la forma de la copa en que bebía el emperador romano el día de su elección. Después, desde Defis iba siendo el terreno mas llano ; las montañas se abrían á derecha é izquierda, como por medio de un puente : todavía no se divisaba el lago de Constanza ; empero se le adivinaba al ver desarrollarse aquel inmenso valle que iba á perderse sobre un horizonte de llanuras. En Lauterac únicamente principiamos á divisar aquella magnífica sábana de agua, que parece una parte del cielo, cuyo marco es la tierra, para servir de espejo á Dios. Al fin llegamos á Bregenz, donde me desayuné.

A pesar de mi cena de papagayo en la noche anterior, despaché tan militarmente como pude mi comida. Después, dejando á mi hombre y su carruaje, dije adiós al Austria y me metí en un barco que me llevó á la pequeña isla de Lindeau, en Baviera. Hízoseme cargo de conciencia no tocar en ella, trepé á una colina, desde cuya cumbre descubrí como el Robinson la isla entera, y volviendo á embarcarme, á fuerza de remos logré llegar á aquella lengua de tierra wurtemberguesa, que adelgazándose entre dos ríos, va á lamer las aguas del lago ; en fin, tomando un carruaje en Obernoorf, no me detuve sino para cenar en Moesburgo en el gran ducado de Baden.

Había salido por la mañana de un principado libre, había atravesado una república, tocado un imperio, almorzado en un reino y al fin había venido á dormir en un gran ducado, todo esto en el espacio de diez y ocho horas.

Al día siguiente llegué á Constanza.

CONSTANZA.

Largo tiempo hacia que este nombre resonaba en mi oído melodiosamente, y largo tiempo hacia que cuando pensaba en esta ciudad, cerraba los ojos y la veía en mi imaginación. Cosas y lugares hay de los cuales no se forma anticipadamente una idea fija, según es más ó menos sonoro el nombre que llevan. Entonces, si es una mujer, la veis pasar en vuestros sueños esbelta, graciosa, aérea, con cabellos flotantes y vestidos diáfanos, la habláis y su voz es consoladora: si es una ciudad, veis en el horizonte amontonarse un gran número de casas de arquitectura afiligranada, palacios de ligeras columnatas y catedrales de atrevidos campanarios; camináis hacia la obra fantástica, llegáis á sus murallas, entráis en sus calles, visitáis sus monumentos, os sentáis sobre sus sepulcros, sentís circular aquella población que es la sangre de sus venas, y oís aquel gran murmullo que es el latido de su corazón. A fuerza de ver así en vuestro sueño, virgen y ciudad acaban por ser realidad en vuestra imaginación. Sale un día el viajero de su país natal, los hombres que os estrechan la mano, la mujer que os abraza contra su corazón, para ir á ver á Constanza ó la Guaccioli, por todo el camino lleváis radiante la frente, canta vuestra alma y estais alegre en una

fiesta; al fin llegáis delante de vuestra diosa, entráis en vuestra ciudad; una voz os dice: — Ahí la tenéis. — ¿Pero dónde está? respondeis todo asombrado.

Es que cada hombre tiene doble vista, los ojos del cuerpo y los ojos del alma; la imaginación, hija de Dios, va siempre más allá de la realidad, que es hija de la tierra.

Por fin, forzoso me fué el creer que me hallaba en Constanza: por otra parte, allí estaba el hermoso lago transparente y tranquilo en que la ciudad se mira: allí estaban á su derecha sus montañas sembradas de castillos, y sus llanuras á la izquierda, bordadas con diversas aldeas: la obra de la naturaleza se ofrecía á mi vista tan extensa y magnífica cual la había visto en mis dorados sueños; solo la obra del hombre había desaparecido como si la vara de un malévolo encantador la hubiese hecho desmoronarse.

Entonces viendo aquella ciudad moderna tan pobre, tan solitaria, tan triste, quise al menos cavar en su tumba y encontrar los restos de la ciudad antigua. Pedí que me hiciesen visitar aquella basilica en donde fué elegido papa Martín V, y que me enseñasen el palacio donde tuvo su corte romana el emperador Sigismundo. Me llevaron á una pequeña iglesia bajo la advocación de San Conrado, me hicieron ver un grande edificio llamado la Aduana: aquello era la basilica y aquello era el palacio.

En la iglesia había un hermoso calvario pintado por Holbein, dos pequeñas estatuas que representan á san Conrado y á san Pilades; cada uno de estos santos tiene un armarito abierto en el pecho, donde

encierra el sacristan sus propias reliquias : en fin , me enseñaron en una cajita de plata los huesos de las santas Cándida y Florida, mártires las dos.

Habia en la Aduana, y debajo de un dosel que no se ha tocado desde el año 1413 , dos sillones que pondría en un rincon cualquier prendero, y que sin embargo si se ha de dar fe á maese Fos Kastell, el Ciceron de por allá, sirvieron de tronos, dictado que conservan todavía :

Aquellas dos mitades de Dios, el Papa y el Emperador.

En frente, y sobre un extremo, hay unas figuras de cera que mueven los ojos, los brazos y las piernas, las cuales dicen representar á Juan Hus, á Jerónimo de Praga, su amigo, y al dominico Juan Celestino Carceri, su acusador.

Además y como se sabe, la obra mas importante de aquel concilio que duró cuatro años, y que reunió en Constanza tantos príncipes, cardenales, caballeros y sacerdotes, que fueron menester, según cuenta candorosamente una crónica manuscrita, dos mil setecientos ochenta y ocho cortesanos, fué el juicio y sentencia de Juan Hus, rector de la universidad, y predicador de la corte de Praga.

El gran número de discípulos que hacia con sus doctrinas alarmó al jefe de la cristiandad ; un doctor tan audaz hacia presentir la separacion que iba á quebrantar la unidad de la Iglesia... Juan Hus anunciaba á Lutero.

Recibió la invitacion de ir á Constanza para que se justificase de su herejía ante el concilio, y no rehusó obedecer ; pero pidió un salvoconducto y

esta es la carta del emperador Sigismundo que se conserva entre los instrumentos del proceso, le fué concedido, como prenda de seguridad.

Era además aquel mismo Sigismundo que en Nápoles huyó con sus sesenta mil Húngaros, dejando que Juan de Nevers se batiese con ochocientos caballos nada mas, contra Rayanto que tenia ciento noventa mil hombres.

Ved aquí la carta :

« Nos, Sigismundo, por la gracia de Dios, emperador romano siempre augusto, rey de Hungría, de Dalmacia y de Croacia, hacemos saber á todos los príncipes eclesiásticos, seculares, duques, margraves, condes, barones, nobles, caballeros, jefes, gobernadores, magistrados, prefectos, bailes, aduaneros, cobradores y demás funcionarios de las ciudades, villas, aldeas y fronteras, á todas las comunidades, á sus preósitos y á todos nuestros fieles vasallos que las presentes vieren :

» Venerables, serenísimos, nobles y queridos fieles :

» El honorable maestro Juan Hus de Bohemia, bachiller en Sagrada Escritura y maestro en artes y portador de la presente, debiendo de partir en estos días próximos al concilio general que tendrá lugar en Constanza, lo hemos recibido y admitido bajo nuestra proteccion y la del santo imperio. Lo recomendamos á todos juntos y á cada cual en particular encargándoos le acojais benévolamente y trateis favorablemente al expresado maestro Hus si se os presentase, y que le deis auxilio y proteccion de buena voluntad en cuanto pueda serle útil para favorecer su viaje tanto por tierra cuanto por agua.

» Además, tambien es nuestra voluntad que le

dejeis pasar, permanecer y volver libremente y sin obstáculo, así á él como á sus criados, caballos, carros, bagajes y demás efectos que le pertenecen, por cualquier camino, puerta ó puente, territorio, señorío, bailío, jurisdicción, villa, aldea, castillo y cualesquiera sitios y lugares, sin hacerle pagar impuestos, portazgos, peajes, tributos ni contribucion alguna. Por último, que le deis escolta para guardarle á él y á los suyos, si la necesitase.

» Todo esto en honor de nuestra majestad imperial. Dado en Spira á 9 de octubre de 1414, á los treinta y cuatro años de nuestro reinado húngaro, y á los cinco de nuestro reinado romano. »

Juan Hus llegó á Constanza provisto de este salvoconducto, el día 3 de noviembre: compareció ante el concilio el 28 del mismo mes, fué puesto en prision en el convento de dominicos el sábado 26 de julio de 1415, y no salió sino para ir á la muerte. Levantóse la hoguera á un cuarto de legua de Constanza en un lugar llamado Brull: Juan Hus subió tranquilamente á ella y se puso de rodillas encima. Intimidado por última vez á que abjurase de su doctrina, respondió que prefería morir á ser perjuro con su Dios como el emperador Sigismundo lo era con él: despues al ver que el verdugo se acercaba para pegar fuego, gritó tres veces: « Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que habeis padecido por nosotros, tened piedad de mí. » En fin, cuando las llamas le ocultaron del todo, se oyeron estas últimas palabras del mártir: « Entrego mi alma en las manos de mi Dios y mi Salvador. »

Siguió á esta ejecucion la de Jerónimo de Praga, su discípulo y su defensor, conducido á la hoguera el día 30 de mayo de 1417. Marchó al suplicio cual

si fuese á un festin. El verdugo, segun costumbre, quiso encender la hoguera por detrás, pero Jerónimo le dijo: « Ven, maestro, enciende el fuego delante de mí, pues si yo le hubiese temido no estaria aquí á estas horas. »

Dos meses despues de esta ejecucion murió Juan XXIII, que de acusador que habia sido ante los hombres pasó á ser acusado ante Dios.

¿Quereis saber ahora lo que sucedió cuando se terminó el concilio y quiso salir de Constanza aquella corte romana, aquella comitiva pontifical, aquellos condes del imperio, aquellos barones caballeros? No otra cosa que lo que sucede á veces á un estudiante pobre, que va á comer de fonda sin llevar dinero. Ni el papa Martin, ni el emperador Sigismundo pudieron pagar las cuentas que les presentaron respetuosamente los habitantes de Constanza, lo que visto por los dichos habitantes se apoderaron, respetuosamente siempre, de la vajilla de plata del emperador, de los cálices del papa, de las armaduras de los condes, de los equipajes de los barones, y de los arneses de los caballeros.

¿Adivináis cuál seria y cuán grande la desolacion de aquella noble asamblea? Sigismundo se encargó de arreglarlo todo.

Con este objeto convocó á los magistrados y ciudadanos de Constanza en la aduana en donde se habia congregado el concilio; subió á la tribuna, dijo que él salía fiador de las deudas de todo el mundo.

— Está muy bien, respondieron los ciudadanos de la antigua república, pero que les faltaba quien fuese al fiador.

Entonces el emperador hizo traer fardos de paños, de sederías, de damascos y terciopelos, de alfom-

bras, cortinas y cojines bordados de oro, y habiéndolos hecho valorar por peritos, los depositó en la aduana, comprometiéndose á desempeñarlos antes de un año, y para mayor seguridad de la deuda, y como prueba de que la reconocía hizo poner las armas imperiales en las cajas en donde se cerraron los fardos. Los ciudadanos dejaron marcharse á sus reales deudores.

Pasó un año sin que se volviese á oír hablar del emperador Sigismundo: al cabo de aquel año, se quiso vender los efectos dejados en prenda, pero entonces se prohibió por S. M. proceder á la venta, en atencion y por cuanto el sello imperial hacia de la propiedad del imperio aquellos fardos, y no del emperador. Hoy hace 417 años que se hizo esta notificación.

NAPOLEON EL GRANDE Y CARLOS EL GORDO.

Si quereis ahora seguirme por las calles tortuosas de Milan, nos pararemos un poco delante de su cúpula milagrosa: pero como mas tarde le volveremos á ver y en detall, os invitaré á echar pronto á la izquierda, porque está próxima á verificarse una de aquellas escenas que pasan en un salon y resuenan por todo el mundo.

Entremos, pues, en el palacio Real, subamos la gran escalera, atravesemos algunos de sus aposentos que tan espléndidamente acaba de decorar el pincel de Appiani; nos abstendremos de contemplar esos frescos que representan las cuatro partes del mundo, y ante el techo en que se verifica el triunfo de Augusto; pero lo que ahora nos aguarda son cuadros vivos; y vamos á escribir la historia moderna.

Entreabramos suavemente la puerta de ese gabinete á fin de ver sin ser vistos. — Así, muy bien. — Veis á un hombre, ¿no es verdad? y le reconocéis en la sencillez de su uniforme verde, por su pantalon de casimir blanco, y por sus botas que le llegan á la rodilla, mirad su cabeza modelada como un mármol antiguo, ese estrecho mechon de cabellos que va disminuyendo sobre su ancha frente, esos ojos azules cuya mirada se gasta en penetrar el velo del porvenir, esos labios apreta-

dos, que encierran dos hileras de perlas que envancercian á una mujer; ¡qué calma! — Es la conciencia de la fuerza, es la serenidad del león. -- Cuando esa boca se abre, los pueblos escuchan, cuando esos ojos se inflaman, se convierten en un volcán los llanos de Austerlitz, y cuando se fruncen esas cejas tiemblan los reyes. A aquella hora ese hombre manda á ciento y veinte millones de hombres, diez pueblos cantan á coro el *Hosanna* de su gloria en diez lenguas diferentes, porque este hombre es más que César, es tanto como Carlo-Magno. — Es Napoleón el Grande, el Júpiter Tonante de la Francia.

Después de un instante de reposada tranquilidad, fija los ojos en una puerta que se abre, y por la cual entra un hombre vestido con casaca azul y pantalón ceniciento, y calza-botas á lo húsar. Mirad, tiene una semejanza primitiva con el que le aguardaba; pero es más alto, más flaco, más moreno — este es Luciano; el verdadero romano, el republicano de los antiguos tiempos, la barra de hierro de la familia (1).

Estos dos hombres, que no se habían vuelto á ver desde la jornada de Austerlitz, arrojaron el uno al otro una de aquellas miradas que penetran el alma; porque Luciano era el único que tenía en los ojos el mismo poder que Napoleón.

Se detuvo después de haber dado tres pasos en el cuarto: Napoleón se dirigió hacia él y le alargó la mano. — Hermano mío, exclamó Luciano abrazando á su hermano mayor. — ¡Hermano mío, cuán feliz soy al volverte á ver!

(1) El príncipe de Canino no había aun, cuando escribía yo estas líneas, publicado sus memorias.

— Señores, dejadnos solos, dijo el emperador haciendo señal con la mano á un grupo. Los tres hombres que lo formaban, saludaron y salieron sin murmurar una frase ni responder una palabra. Sin embargo, aquellos tres hombres que obedecían á un gesto eran Duroc, Eugenio y Murat, un mariscal, un príncipe y un rey.

— Yo os he mandado llamar, Luciano, dijo Napoleón cuando se vió á solas con su hermano.

— Y veis cómo me he apresurado á obedecerlos como á mi hermano mayor, respondió Luciano.

Napoleón frunció las cejas imperceptiblemente.

— ¡No importa! Habéis venido, y era lo que yo deseaba, porque tengo que hablaros.

— Ya escucho, respondió Luciano inclinándose.

Napoleón tomó entre el pulgar y el índice uno de los botones de la casaca de Luciano, y mirándole fijamente le preguntó:

— ¿Cuáles son vuestros proyectos?

— Mis proyectos, respondió Luciano admirado, son los de un hombre que vive retirado lejos del ruido del mundo y en la soledad; mis proyectos son terminar tranquilamente, si puedo, un poema que he principiado.

— Sí, sí, dijo irónicamente Napoleón, sois el poeta de la familia y haceis versos mientras yo gano batallas: tendré sobre Alejandro la ventaja de tener un Homero.

— ¿Quién es más dichoso de nosotros dos?

— Vos, ciertamente, respondió Napoleón soltando el botón con un gesto de mal humor, vos que no tenéis el pesar de ver en la familia indiferentes ó tal vez rebeldes.

— ¡Indiferentes! ¿recordais el 18 de brumario?... ¡rebeldes! ¿en dónde me habeis visto concitar la rebelion?

— Rebelion es el no servirme: el que no está conmigo es contra mí. Veamos, Luciano; tú sabes que eres el que mas quiero de todos los hermanos — le tomó la mano — el único que puede continuar mi obra; ¿quieres renunciar á la oposicion tácita que me haces?... Cuando todos los reyes de Europa están de rodillas, ¿te creerias humillado de bajar la cabeza entre la muchedumbre de aduladores que acompañan mi carro triunfal? ¿Será acaso siempre la voz de mi hermano la que me grite siempre: — César, ¡no olvides que has de morir! Veamos, Luciano, ¿quieres seguir mi camino?

— ¿Cómo entiende eso V. M? respondió Luciano, echando una mirada de desconfianza á Napoleón.

El emperador se dirigió en silencio á una mesa redonda que habia en medio del gabinete, y colocando sus dos dedos sobre un gran mapa arrollado se volvió á Luciano y le dijo:

-- He llegado á la cumbre de mi fortuna, Luciano: he conquistado la Europa: solo me resta dividirla á mi capricho: soy tan victorioso como Alejandro, tan poderoso como Augusto, tan grande como Carlo-Magno; quiero y puedo. Ahora bien.... Cogió el mapa, lo desarrolló sobre la mesa con un gesto gracioso y negligente. — Escoge el reino que mas te agrade, hermano mio; y comprometo mi palabra de emperador, que así que me lo señales con la punta del dedo, será tuyo ese reino.

— ¿Y porqué me haces esta proposicion á mí, mas bien que á cualquiera de nuestros hermanos?

— Porque solo tú estás á la altura de mi alma.

— ¿Cómo puede ser esto, no siendo los mismos nuestros principios?

— Cuatro años hace que no te he visto, y durante este tiempo esperaba que habrias variado.

— Te has equivocado, hermano mio; yo soy el mismo que era en 1799, y nunca trocaria yo mi silla curul por un trono.

— ¡Necio é insensato! dijo Napoleón echando á andar y hablando consigo mismo, insensato y ciego que no ve que soy el enviado del destino para hacer que desaparezca ese carro de la guillotina que han tomado por un carro republicano.... Despues parándose de pronto y dirigiéndose á su hermano: — Pero déjame arrebatarte á la montaña y mostrarte los reinos de la tierra. ¿Cuál de ellos está en sazón para cumplir tu sublime sueño? Veamos. — ¿Es el cuerpo germánico que no tiene de vivo mas que universidades, especie de pulso republicano que late en un cuerpo monárquico? ¿Es la España católica desde el siglo xiii únicamente, en la cual germina apenas la verdadera interpretacion de la palabra de Cristo? ¿Es la Rusia, cuya cabeza piensa quizás, pero cuyo cuerpo, galvanizado un instante por el czar Pedro, ha recaído en su parálisis polar? No, Luciano, no; no han llegado todavía los tiempos; renuncia á tus locas autopías, dame la mano como hermano y como aliado, y mañana te hago jefe de un gran pueblo, reconozco á tu mujer por hermana mia y la devuelvo toda mi amistad.

— Esto es, respondió Luciano, no pudiendo vencerse, quereis comprarme.

El emperador hizo un movimiento.

— Dejadme decirlo todo á mi vez, porque este momento es solemne, y acaso no tendrá igual en

todo el curso de nuestra vida. No me resiento porque me hayais juzgado mal; son tantos los hombres á quienes habeis hecho sordos y mudos tapándoles con oro la boca y los oídos, que creísteis hacer lo mismo conmigo. ¡Decís que quereis hacerme rey! Bien, yo acepto si me prometeis de que mi reino no será una prefectura del imperio. Me dais un pueblo, le tomo, poco me importa cuál sea, pero con la condicion de que yo le gobernaré segun sus ideas y necesidades; quiero ser su padre y no su tirano; quiero que me ame y no me tema, y el día en que yo ciña en mi cabeza la corona de España, de Suecia, de Wartemberg ó de Holanda, ya no seré francés, sino español, alemán ú holandés; mi nuevo pueblo será mi única familia. Pensadlo bien, entonces ya no seré mas hermano por la sangre sino por la jerarquía; vuestra voluntad se detendrá en mis fronteras: si venís contra mí, os esperaré á pié firme; me vencereis sin duda alguna, porque sois un gran capitán, y el dios de los ejércitos no es siempre el dios de la justicia; yo seré entonces un rey destronado, y mi nacion un pueblo conquistado, y libre de dar mi corona y mi pueblo á otro mas sumiso y reconocido. He dicho.

— Siempre el mismo, siempre el mismo, murmuró Napoleon; despues dando en el suelo una patada: — Luciano, olvidais que debeis obedecerme como á vuestro padre y á vuestro rey.

— Tú eres mi hermano mayor, y no mi padre, mi hermano y no mi rey; jamás doblaré mi cabeza bajo tu yugo de hierro, jamás, jamás.

Napoleon se puso espantosamente pálido, sus ojos tomaron una expresion terrible, y sus labios temblaron.

— Reflexionad lo que os he dicho, Luciano.

— Reflexiona tú lo que voy á decirte, Napoleon. Tú has asesinado á la república, porque la has herido sin osar mirarla cara á cara; el espíritu de libertad que tú crees ahogado bajo tu despotismo, crece, se derrama y propaga; tú crees arrojarlo delante de tí y él te persigue detrás: mientras seas victorioso estará mudo; pero si llega el día de la adversidad, verás que no puedes apoyarte en la Francia, á quien habrás hecho grande, pero esclava. Y tú, tú, Napoleon, caerás desde la cumbre de tu imperio, te harás pedazos como este reloj — cogió el suyo, estrellándolo contra el suelo, — mientras nosotros, pedazos y restos de tu fortuna, nos veremos dispersos sobre la haz de la tierra por haber sido de la familia, y maldecidos por llevar tu nombre. Adios.

Luciano se salió.

Napoleon quedó inmóvil y con los ojos fijos: al cabo de cinco minutos se oyó el ruido de un coche que salía del patio del palacio: Napoleon tiró de la campanilla.

— ¿Qué ruido es ese? preguntó al ujier que entreabrió la puerta.

— El del coche del hermano de V. M. que se vuelve á Roma.

— Está bien, dijo el emperador, y su rostro recobró aquella calma impassible y glacial bajo la cual ocultaba, cual con una máscara, las mas vivas emociones.

Apenas habian pasado diez años, cuando se hallaba ya cumplida la profecía de Luciano. El imperio levantado por la fuerza habia sido derribado por la fuerza. Napoleon se habia hecho pedazos, y

aquella familia de águilas, cuyo nido estaba en las Tullerías, se habia diseminado fugitiva, proscrita, aleteando perdida por el mundo. Su madre, aquella Niobe imperial que habia dado á luz un emperador, dos reyes, y tres archiduques, se habia retirado á Roma, Luciano en su principado de Canino, Luis en Florencia, José en los Estados Unidos, Jerónimo en Wurtemberg, la princesa Elena en Baden, madama Borghese en Piombino, y la reina de Holanda en el castillo de Arenemberg.

Como el castillo de Arenemberg dista solo media legua de Constanza, tuve gran deseo de ofrecer mi homenaje á los piés de aquella majestad destronada y de ver lo que quedaba de reina en una mujer, cuando el destino le habia arrancado la corona de las sienes, el cetro de la mano y de los hombros el manto, y sobre todo de aquella reina, hija graciosa de Josefina Beauharnais, de aquella hermana de Eugenio, de aquel diamante de la corona de Napoleon.

Habia oido hablar tanto de ella en mi juventud como de una hermosa y buena hada muy graciosa y muy protectora, por las dotes que daba á las doncellas, por las madres á quienes volvia los hijos, por los reos á quienes alcanzaba el perdon, que tenia un culto por ella. Añádase á esto el recuerdo de las canciones que cantaba mi hermana, las cuales se creian ser de esta reina, que se habia fijado tanto en mi memoria como en mi corazon, que hoy mismo todavía que hace ya veinte años que he oido aquellos versos y aquella música los repetiría sin alterar una palabra y sin faltar á una nota. Es que reina que componga canciones y las cante no se ve mas que en los cuentos de las *Mil y una noches*, y esto lo recordaba mi alma como un dorado sueño.

Era muy de mañana para presentarme en el castillo en persona, dejé una tarjeta, me entré en una barca que me condujo á la isla Reicheneau en una hora.

En una pequeña iglesia situada en medio de la isla están depositados los restos de Carlos el Gordo, quinto sucesor de Carlos el Grande, y su epitafio, que está en el coro debajo de un retrato que pasa por el suyo, refiere su historia. Esta es la traducción textual.

« Carlos el Gordo, sobrino de Carlo-Magno, entró poderosamente en la Italia que venció; obtuvo el imperio, y fué coronado César en Roma. Muerto despues su hermano Ludovico de Germania, fué señor por derecho de herencia, de la Germania y de la Galia. En fin, abandonado á la vez por el genio, por el ánimo y por el cuerpo, le arrojó un azar de la fortuna desde la cumbre de este grande imperio á este humilde retiro, en donde murió abandonado de todos los suyos, el año del Señor 888. »

Como no habia otra cosa que ver en la iglesia y en la isla, nos embarcamos y nos hicimos á la vela para Arenemberg.

Al entrar en el castillo de Volberg, que habita madama Parquin, lectora de la reina y hermana del célebre abogado de este nombre, encontré una invitacion para comer con madama de Saint-Len, y cartas de Francia. Una de ellas contenia la oda manuscrita de Víctor Hugo sobre la muerte del rey de Roma.

La lei por el camino yendo á pié á ver á la reina Hortensia (1).

(1) Fácilmente conocerán nuestros lectores que toda la primera parte de este viaje fué escrita en 1854, y por consecuencia antes de los sucesos de Strasburgo en que Luis Napoleon, hoy emperador, intentó subir al trono.